

YO, LA BELLEZA

Blanca Faure



Capítulo 1

Mi muy estimado amigo, amiga o tal vez ente:

¡Soy la belleza! El hada que besa todas las pinacotecas del mundo que habéis visitado, pero al mismo tiempo la que abraza los amaneceres y los ocasos, el agua y el fuego, la vida y la propia muerte, hasta he osado acariciar lo monstruoso y oscuro.

Todos me pretendéis y buscáis con desespero, mas no poseo figura alguna. Para vuestro deleite y el mío, remando en ríos de tinta conformáis delicados poemas o exquisitas novelas y yo con frecuencia inspiro la mixtura de colores en las paletas de artistas que retratan mi propia esencia. Susurro al oído las notas musicales que se apiñan y conectan sin rodeos con el corazón y guío las caricias que logran erizar la piel de quienes amáis. Si me buscáis con pasión, incluso me encontraréis en el potente regusto de un buen vino que se aferra al paladar.

Me divierte jugar tensando los hilos dorados invisibles de vuestros sentidos y que me persigáis sin desfallecer, para poder existir. Estoy en todas partes y a un tiempo en ninguna y renazco en todo mi esplendor cuando un sentimiento logra rascaros el alma hasta penetrar y estallar en lo más profundo de vuestras entrañas ¡Soy la belleza, Soy la propia vida!

Estáis errados si pensáis, que busco la perfección, aunque cierto es que yo, la belleza clásica, me fundí con ella como los amantes. Así me interpretasteis por un tiempo, en la rigidez de la proporción aurea, que no me permitía expresarme con total plenitud. Aunque debo confesar, casi con sonrojo que siempre me arrodillé ante un efebo griego. Cuando en el Renacimiento, el hombre fue la medida de todas las cosas, retoñé y crecí guiando las manos de artistas como Miguel Angel que con su David supieron darme forma.

Amigo, amiga o ente, habláis de Velazquez, de María Barbola, la enana que por dispar luce hermosa en las Meninas. Allí me hallaba también yo, la belleza. Incluso me manifesté en el retrato de Inocencio X, del mismo Diego ¡TROPPO VERO! exclamó el papa, cuando contempló en el lienzo su rostro, imposible de olvidar. Mucho tiempo después, Bacon no podía atraparme en lo veraz, sus ojos captaron otras sensaciones y quiso redimirme arrancando sin ningún pudor, los velos y las cortinas de la realidad que acompañaba el retrato de Inocencio en sus series de Screaming Popes.

¡Ay Bodelier y sus "Flores del mal"! Gracias a él escapé de mi prisión y alcé al fin el vuelo, pues todos empezastéis a creer en una estética nueva, y pude florecer en la realidad trivial y cotidiana, donde las prostitutas

fueron bellas y visibles en el espíritu de Montmatre, donde los artistas incoheretes mostraban a la Mona Lisa fumando en pipa, y Tolouse-Lautrec dibujaba a una Suzzane Valandón con resaca, tan hermosa o quizás más que la de los afrutados cuadros de Renoir.

Yo, la belleza, declaro que habito en cada uno de vosotros, que a través del tiempo, como el agua he adoptando múltiples formas. Que no soy la perfección, ni siquiera la virtud, sino la verdad que mora en un recodo de vuestra alma y preciso que exploréis y miréis con ojos nuevos, como cuando érais niños, pues sólo puedo nacer de vuestra propia honestidad .

Atentamente:

LA BELLEZA.